



## EL ENDRIAGO

Á MARIO MOLINA

..... n e dulces amores  
Sperne, puer, neque tu choreas,  
Donec virenti canities abest  
morosa. — HORATIUS.

Hoy, día de Muertos, volví á ver á Domingo Ruiz, mi buen camarada de épocas felices. Qué cambiado está al cabo de cuatro años de separación! Calvo, flaco y encorvado, sólo conserva la mirada viva y luminosa de su pasada juventud. De su pasada juventud . . . . y apenas tiene veinticinco años! Lo encontré en el panteón de la Villa, vestido de luto, contemplando una lápida sobre la que había dejado dos ramilletes, y que por toda inscripción tiene grabado este nombre insignificante: *Marta González*. Cuántos recuerdos se aglomeraron en mi cabeza! Cuántas palpitaciones sacudieron mi corazón! . . . . Fingí no haber visto la lápida y haber olvidado lo ocurrido; y haciendo prevalecer la prudencia á la curiosidad, le platiqué breve rato de cosas indiferentes y con verdadero dolor acorté la entrevista. Al des-

pedirme, me estrechó convulsivamente la mano, y con voz de lágrimas me dijo:—«ya lo ves, todavía la amo!»—y con paso tardo y vacilante se alejó entre las cruces. . . . .

Aparecen de nuevo ante mí la antigua calle y la antigua casa, las perdidas amigas y los perdidos compañeros, y vuelvo á vivir una de las etapas más gratas de mi bulliciosa juventud. Qué noches aquellas! Qué alegre sonaba la guitarra y qué dulces sonaban los besos! Fragmentos de picarescas coplas cantan picardías en mi memoria; me miran de nuevo y como entonces los ojos negros; me sonríen los florecidos labios y escucho rumores de faldas entre los temas incitantes de alguna vieja mazurka . . . . Ayer fué la fiesta de nuestros veinte años, y *ayer* es una palabra terrible. De qué buena gana diera su envidiable reputación el *tto Pedro*, que ahora es el Señor Doctor D. Pedro . . . . por bailar otra vez la jota con Paquita la rubia, entre los aplausos y los hurras! Con cuánto gusto dejaría Antonio en su bufete la severa toga de licenciado, para volver á representar papeles de gracioso en las improvisadas comedias! Y así todos. . . . . Qué hermoso girón ha arrancado el tiempo á la túnica de nuestra primavera . . . . .

\*  
\* \*

Eran dos hermanas: Mariquita y Eusebia. La tierra del cementerio de la Villa ha reco-

gido á la primera; de la otra nada sé. Mariquita era horrible: morena pálida, casi diáfana; no más alta que mi bastón y no más gruesa que mi brazo; de ojos saltones y verdes como los ojos de las ranas; sobrándole de boca lo que de nariz le faltaba; jorobada, aunque no mucho; con dos ó tres lunares feos; y para colmo, una voz de insoportable timbre. Pero lo que la hacía aun más horrible, hasta el prodigio; era la desgracia de tener una hermana primorosa, hasta el prodigio también. A una la decíamos *El Endriago*, y á la otra *La Madona*. Qué Eusebia física tan cabal! Sus formas hubieran enloquecido al mismo Fídias. Qué ojos color de tinta fresca! qué labios de pincelada! Tenía la sonrosada palidez del nardo, y su cabello, liso y delicado como la seda japonesa, bajaba hasta su cintura en las sortijas brillantes de apretada trenza. Era muy afecta á enseñar los pies . . . inocentemente: no sabía el perjuicio que nos causaba! No se enseñan impunemente unos pies como esos . . . Cuántas ocasiones encontré á dos ó tres de mis amigos, disputándose el cojín que conservaba en su oprimida felpa las huellas de las botitas altas de Eusebia! Sus manos eran admirables por la pureza casi ideal de las líneas. Qué uñas las de esas manos! Tenía la costumbre de chocarlas en sus dientes con delicioso repique. Pero sobre todo, el seno! No se redondearon con tanta perfección los copos de la divina espuma en

el pecho de Venus. En fin, la tal Eusebia era una mujer de litografía. A esto debo agregar que guiñaba los ojos con una coquetería *sui generis*, que silbaba ligeramente las eses y que su risa era musical . . . Pigmaleón convirtió á una estatua en mujer; yo hubiera convertido á la Madona en estatua.

Vivían solas, en apartada casa de vecindad, ocupando en el fondo una habitación limpia de cuatro ó cinco piezas, tenían macetas, jaulas, piano, amén de algunos cuadros, dibujos y chácharas de consola. No se las conocía padre, madre ni protector. Pasaban por honradas. En cuanto al Endriago, ni sospechar. En cuanto á los ojos negros . . . Es tan difícil saber y tan fácil suponer! Cosían y bordaban para algunas casas de modas.

Nosotros, y con esta palabra entiéndase un grupo de diez ó doce alharaquientos estudiantes, fuimos presentados á esas muchachas por el libertinote Juan Argoitia, perfectamente conocido en los barrios por su bolsa pródiga y su lengua suelta. So pretexto de estudiar las costumbres nacionales y el elemento humano, calaveraba de lo lindo. Rico, solo, de incansable buen humor, no conocía las tenaces y angustiosas luchas por la vida, y se entregaba sin freno ni preocupaciones, á sus dos amores: la literatura y la mujer, de la primera recibía desdenes y de la segunda caricias.—“Soy un Alfredo de Musset sin genio, decía; bebo ajeno, sé

besar con pasión, hago versos que cojean y jamás lloro.”—Eusebia no carecía de amigas, algunas de las cuales bien valían los trabajos de Troya; principalmente Paquita la rubia y una Inés de ojos garzos y nariz finísima, retozonas y sandungueras como los cascabeles de un pandero. Pronto nos perdieron la vergüenza y pronto les perdimos el respeto. Empezaron los bailecitos y los días de campo. Músicos y cantores unos; otros poetas ó semi-poetas, y ellas todo lo que se quiera, empujamos, cantando y riendo, las legendarias puertas de Jauja.... Y allí, enlazadas las manos y ceñidas de pámpanos las frentes como en las danzas de los jarrones áticos, ilusionábamos la vida.....

Argoitia lo organizaba todo á las mil maravillas, mediante por supuesto, nuestros auxilios pecuniarios. “Debemos ser espléndidos con las *ninfas*,” decía; y á las ninfas les gustaba lo bueno. Afortunadamente en el placer se olvida al agiotista.... Los días de quincena, en la sala de Eusebia había una verdadera fiesta, ardiente y estruendosa, con cena rociada de vinos, llena de risas, dichos y cancionetas; sin que faltaran brindis chispeantes y deslenguados sobre el amor y la mujer, y sin que el piano dejara de festejar con dianas las ocurrencias felices. Después, baile. Hubiéramos querido hacer eternas las noches. *Cada quien* con su *cada cual* en estrecho amorío; mucho licor en las cabezas, mucha dulzura en la música, nos-

otros atrevidos, ellas tímidas.... No escaseaban suspiros.... Algunos besos—ya tarde en honor del decoro—turbaban, con notas claras, las notas del piano.... Qué danzas aquellas!.... —“Más! más!”—y la danza seguía, con su voluptuosa cadencia, meciéndonos en los brazos de las lángidas ninfas.....

Paquita y el tío Pedro, inseparables; Ines y Antonio, inseparables; una chatita romántica y Félix, poeta realista, inseparables; Aurora, la de las caricias felinas, y Andrés, otro poeta que fingía mortales desilusiones, inseparables; y así sucesivamente hasta llegar al último eslabón de la cadena, formado por Argoitia, el libertino, y Eusebia, la de risa musical. Dichoso Argoitia! Puede estar satisfecho como Zeus tempestuoso; poseyó á una griega del sereno Olimpo, á la Esposa de seno mórvido ceñida con el cinturón de todas las voluptuosidades.

Otras veces volaban al campo pichones y pichonas. El aire puro, los cortinajes de mosqueta; los horizontes claros, el riachuelo, la leche en jícaras, los burros! Qué bonita se vé sobre el burro la griseta asustadiza, con sus ampulosas enaguas, su rebozo terciado y su sombrero de paja, alón, entoquillado de silvestres flores! Al pasar el arroyo son los sustes y los gritos, y bajo las enramadas en cúpula las risas se mezclan á los trinos de las aves. Sentarse en la blanda hierba á comer comida

frugal y sentir la frescura del agua que se bebe en la ahuecada mano, son placeres virgilianos que los amantes nocturnos no conocen. Qué mayor encanto que correr tras una falda que vuela tras una mariposa! Delicadísimo es el goce de formar ramilletes, una flor uno y una flor ella, y de separar á su paso las torcidas ramas espinosas, y de ayudarla á brincar zanja con gran provecho de los ojos bribones y de las manos mañosas. Y después, á la hora de la siesta, qué perezosa voluptuosidad nos invade, reposando la cabeza en un seno de suaves vaivenes y sintiendo entre el cabello unos dedos que juegan! Cuando muere la tarde y rumorea el campo y las parvadas de palomas vuelan entre agironados celajes, las parejas se pierden por las solitarias arboledas recibiendo aromas de los colgantes abanicos floridos, oprimiéndose los dedos enlazados y prometiéndose con los ojos cosas que no se atreven á decir los labios. . . . Y todavía después hay algo muy bello: la vuelta por la dilatada llanura, paso á paso, á la luz clarificada de las estrellas, sosteniendo por el talle á la dulce compañera y dando al viento de la noche apasionados cantares. . . .

Había en nuestra reunión infernal dos santos, el pianista y Domingo Ruiz.—El pianista, llamado Everardo Fonseca, era insoluble á la mujer, como Newton. Alto y flaco, con cabellera selvática, lampiño y miope, de

acompañado hablar y acompañado andar, chistoso con seriedad, gesticulador maniático y músico lírico, había vivido puro con los impuros sin experimentar los estremecimientos de San Antonio, ante las terribles visiones de la carne en abstinencia. Más cuadraba á su temperamento el silencio de las bibliotecas, que el rumbo de los bailes de Eusebia. No sé qué vínculos lo unían á nosotros, pero el hecho es que á todas partes, aun á las peores, nos acompañaba gustoso. En los momentos de mayor expansión, cuando la fiesta estaba en todo su fascinante apogeo, Fonseca se incrustaba en una silla á leer un libejo ó á meditar sobre un escueto problema de derecho civil.—Sólo el piano le entusiasmaba; incansable tocador, sabía todos los aires en boga y era especialista en danzas tropicales, voluptuosas como el vaivén de las hamacas.—Alguna picarona, excitada por Argoitia, le *hizo el oso*: salió desairada; otra apostó cinco besos contra cinco duros á que lo flechaba; vació el carcaj y perdió los cinco besos. Vaya! ni la misma Madona con su guiñar de ojos. . .

Domingo Ruiz, el otro impecable, era un altruista. No podía ver el dolor sin sufrir, y andaba á caza de infortunios que consolar. Era un cristiano primitivo, de honda mirada judía y tersa frente morena, siempre altiva. Este sí era tentado por el bello demonio de la forma, pero lo batía en regla, y contaba con

satisfacción sus triunfos. Todo para los demás, nada para él, era la suprema conclusión de su rara y noble filosofía.—Su superioridad moral nos imponía; le respetábamos y le queríamos. Siempre nos prestó su bolsa, su brazo, su palabra.—Dispuesto al sacrificio, en nuestras horas negras—porque también la juventud las tiene—lo hallábamos á nuestro lado, cual vigilante madre. . . . El mundo era para él, como para Darwin, un campo de batalla; pero no se resignaba al abandono de los heridos ni al desamparo de los débiles.—Era un misionero de sus ideas. Por qué, pues, entre las caras risueñas de los festivales de la Madona, aparecía su estoico ceño de filósofo? Porque había visto al Endriago.—«Qué tal! nos decía contrayendo sus finos labios de doncella y dardeando sus ojos judíos, qué tal! en medio de los mayores placeres es donde se encuentran las mayores desventuras. . . »

Entre tantas hermosas daba compasión la repulsiva fealdad de Mariquita.—Ella no podía ni bailar, ni gritar, ni cantar. . . . Sus saltos ojos verdes, resignados y tristes, contemplaban desde lejos la ronda de amor de las felices parejas. Al campo no iba. . . . Su sonrisa era amarga y rara vez sonreía.—Infeliz! Nada sabía de sus padres, y hubiera querido, en su abandono, tener una madre que no la abandonara; nada sabía de halagos, nada de ilusiones, á su paso se encontraba risas

de burla y gestos de repugnancia; no tenía una sola amiga á quien confiar sus penas, y junto de su lugar, el lugar de los amigos solícitos, estaba vacío. . . . El mundo le daba lo peor que tiene, la ironía. Y sin embargo, ella amaba al mundo, pero sin decírselo, con un amor triste, como aman las solitarias.—Tenía singular afecto á su hermana, y el implacable pianista la inspiraba profunda simpatía. Eusebia, con su arrogante hermosura hechizaba los sentidos del Endriago, y el pianista la hacía soñar esos sueños esfumados que la armonía tiene el privilegio de producir. Con sus ojos verdes seguía á Eusebia; la recorrían de pies á cabeza, la envolvían y la rodeaban, tiernos, amantes, sin saciarse jamás.—«Qué hermosa es!—pensaba el Endriago,—qué bien baila y qué bien platica!»—y al verla contenta entre los incensarios de la galantería, sentía la satisfacción de una madre que mira agasajado á su hijo. Ay! el hijo quería más á los extraños. . . . Los celos le mordían en el corazón, donde duele más, y la pobre se quejaba:—«no es para mí tampoco; no es mía; la siento tanto más lejos de mí cuanto más cerca estoy de ella. . . .»—Entonces, la horrible ansia del impotente, la ahogaba y quería gritar y quería llorar, pero estaban agotadas sus lágrimas y obstruida su garganta. Y mientras Eusebia alzaba la frente para lucir mejor su corona de diosa, el Endriago dobla-

ba la cabeza á la cuchilla del dolor.—«Si yo fuera bonita, estaría allí,» se decía contemplando los grupos bullangueros en que asomaban dientes blancos y flotaban temblando mechoncitos descuidados.—Y cerraba los ojos: vestida de azul y con una rosa blanca en la cabellera, llevaba á sus labios la ancha copa del vino espumoso, mientras un joven arrogante la veía con ternura y la hablaba de amor. . . . Y en brazos del joven arrogante, confundidas en sus oídos las notas y las palabras, le parecía que flotaba, que se alejaba de la tierra, que se perdía. . . . Un acceso de tos la despertaba.—Caía como la hoja, después de corto vuelo, en la polvosa realidad. . . . Con la frente ardiendo en calentura, nublada la vista y desgarrado por la tisis el pecho, se retiraba á su cama, sobre la que pesaban las sombras como un sudario y adonde llegaban debilitados los sonidos del baile como la agonía de una fiesta acompañando su agonía de muerte! . . .

Qué les importaba el Endriago á las ninfas! A la media noche estaban *grises*: Inés dejándose caer en brazos de su poeta, le pedía versos y él le daba besos; Aurora Domínguez, la de caricias felinas, siempre que pasaba junto al piano rozaba con su saliente pecho la cabeza selvática del pianista; Rosalía, la chatita romántica, recitaba unas estrofas gemebundas de Juan Peza; Paquita la rubia parecía una

zarandilla, muy colorada y con el cabello en desorden, y la Madona y su novio bailaban hasta sin música. De cuando en cuando tronaban los tapones de la sidra y el entusiasmo rayaba en delirio. Las copas rebosantes corrían de boca en boca, y el dulce *glú* que hacía el licor al pasar por las gargantas, armonizaba con el rápido bullir de la transparente espuma. Algunos hablaban de desceñir el manto á las ninfas y de bailar los pasos de la bacanal antigua. Y seguían sonando los timbales de oro de la fiesta, hasta que asomaba en Oriente la mañana color de azafrán, como dice Homero, rebujada en su peplo de vaporosos celajes.

Sólo Domingo Ruiz no deshojaba lirios. Apenas se retiraba el Endriago, el taciturno y austero filósofo evadía el cuerpo á los halagos de la orgía y con brutal impulso rechazaba las pálidas manos de la desnuda diosa. Su pensamiento era una corona de espinas, y su corazón, simpático á los dolores, sufría con la misma intensidad los males ajenos que los propios. Con la cruz á cuestras, tropezando y levantándose, pensaba y sentía que es muy pesado el deber, pero que es el deber.—Con qué cariñosa solicitud se acercó al Endriago, cobijándola con una mirada de maternal ternura y tendiéndola sus manos leales y honradas! Ella sintió el calor de un sol desconocido en su alma entumecida, y á tan buena caricia palpité su cuerpecito

deforme. Desde luego penetró el filósofo al corazón de la jorobada, á ese corazón destrozado, casi yermo y casi obscuro, y vió en él á las enlutadas penas llorando sobre un montón de ruinas. . . . . Recuerdos de la infancia que todo lo iluminan con casta claridad, ilusiones juveniles que espejean y esmaltan los arenales de la vida; besos calientes de la madre y promesas paradisiacas del novio; todo esto era un cuento que les había oído contar á las amigas de Eusebia. . . . “Algunas veces sueño, le decía á Ruiz, ser como mi hermana; un momentito soy dichosa; después sufro mucho. . . . .” Los ojos de Ruiz se humedecían, y sin poderlo remediar, á despecho de su elevado puritanismo sentía arrebatos de cólera contra la Madona. “Ya ve vd.: siempre me coloco aquí, en mi rinconcito, para oír tocar al Sr. Fonseca. Me gusta la música porque siento un alivio semejante al que me producen los narcóticos. Yo no puedo dormir si no tomo cloral.—La música me desvanece. . . . . es una cosa muy rara y muy agradable. . . . me parece que voy volando. . . .” Y de manera semejante Mariquita le platicaba de sus pájaros, de sus macetas, de sus gustos y de sus pesares, con la voz débil, cascada, cada rato interrumpida por una tos seca, que la hacía vibrar de la cabeza á los pies. Domingo Ruiz, escuchaba enternecido los relatos del Endriago, y cada frase le punzaba en el alma, como un cardo. Entonces, pensando en Cristo,

los consuelos evangélicos le venían á los labios, elocuentes, con esa elocuencia sencilla que enamora y alivia, y en el abierto corazón de la infortunada dejaba caer las más suaves, las más blandas palabras. . . . . Y ella sentía germinar algo en el páramo, algo indistinto y extraño, como las primeras palpitaciones de la simiente dentro del surco.—Daba brillo á sus ojos verdes una mirada de gratitud, y una sonrisa plácida se pintaba, como un arco-iris, en sus gruesos labios.—Alguien había que se sentara junto á ella y le hablara de esperanza y de porvenir, con un lenguaje fino, insinuante y cariñoso; alguien que no se burlara de su fealdad ni hiciera ascos á su tos; alguien que se privara de los paseos campestres por estarse con ella largas horas; alguien que la llevase libros bonitos y sabrosos dulces y frescas violetas.—A medida que el infatigable tiempo pasaba, el grano depositado por Ruiz en aquel corazón regado con consuelos, se iba transformando lentamente hasta que un día de sonrojada aurora brotó la espiga, la dorada espiga del amor. Sí, el Endriago sintió también el estremecimiento supremo.

Y Ruiz? Nadie extrañaba la adhesión del filántropo á la deforme Mariquita, pues bien conocidas eran sus ideas y demasiado manifiestos sus sentimientos. Pero estaba á salvo de una pasión? La piedad, siempre sería piedad en su corazón? Un hombre así, todo sentimiento,

no estaría más expuesto que otro cualquiera? Si la Venus de sonrisa eterna no lo había cautivado, la dolorosa de eterno llanto tampoco lo cautivaría? La necesidad de consolar no conduce á la necesidad de amar, ó mejor dicho, ciertos consuelos no son una forma del amor? Que sus ternuras, que sus finezas de espíritu, que su sensibilidad exquisita llegaran á cristalizarse un día en la pasión suprema, es indudable. Indudable es igualmente, que en un hombre como Ruiz, el amor, una vez instalado como déspota en su corazón, tomaría la forma de los amores locamente románticos de los Dantes y los Petrarcas.—Pero, en otro orden, era posible que Ruiz hiciera abstracción completa de la forma? Era posible que hubiera anulado el sexo al grado y extremo de amar á la monstruosa Endriago? Y no era esta infeliz una *excluida* por razón de su fealdad repulsiva? Y si el amor físico es la raíz de todos los sentimentalismos, sería amor el sentimiento que á Ruiz inspiraba el Endriago? Más todavía: puede la idea crear un orden especial de sensaciones, puede una filosofía, por diluida que esté en el organismo, aun cuando sea carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, transformar por completo las leyes de la afectividad animal? . . . .

Pero quién había de preocuparse en casa de la Madona, de estos problemas psicológicos! Bastante entretenidos estaban todos con

su psicología particular, para fijarse en la raquítica pareja de una jorobada y un filósofo altruista.

De sorpresas está llena la vida. Y una sorpresa nos dejó estupefactos, clavados en el dintel de la puerta y abriendo tamaños ojos, una tarde que de improviso llegamos dos ó tres amigos á la casa de la Madona con una invitación de teatro. Allí estaban, solos en la sala, el Endriago llorando y Domingo Ruiz besándole las manos con los primeros besos de su vida.—Encontrados en flagrante delito.—Ocultarlo hubiera sido inútil, porque ya Eusebia lo sabía y contaba la historia de un pañuelo que el Endriago le había bordado á Ruiz, con esta frase dentro de una corona: *te amo*. Por otra parte, ellos tampoco tenían interés en que no se supiera lo ocurrido, y lo manifestaban orgullosos, ella procurando enderezarse, y él sonriendo con sus labios finos y ligeramente ruborizado, con los rubores primerizos de un adolescente virgen. Así, pues, esa noche celebramos las bodas espirituales de los nuevos novios: ella por vez primera bebió vino espumoso en la ancha copa; y él, por vez primera, embriagó á su filosofía. El baile estuvo animado como nunca; nosotros, como nunca de libertinos; ellas, como nunca de consecuentes. . . . .

Y así pasaban las horas, llevándose cada una un placer para no traerlo jamás; y así soñábamos la eternidad de las rosas de un mo-

mento, y así discurríamos por los cármenes amenos. . . . Qué invisible mano nos arrancó la túnica y la copa? qué misteriosa ráfaga destejó en nuestras frentes las coronas? . . . Esto fué rápido, imprevisto, horrible.—Fué en invierno y fué una tarde.—Las risas enmudecieron y las rodillas se doblaron ante una cama donde yacía un cuerpecito deforme. Al pie de la cama lloraba un joven enlutado de triste frente morena. Tres días duró la agonía.—Tres días permaneció Domingo Ruiz inmóvil en su sitio, como un cuerpo de piedra.—El último adiós tuvo una lentitud trágica.—El sombrío filósofo nos suplicó que no acompañásemos el ataúd.—No le volvimos á ver.

Amó en efecto á la Endriago? Probablemente no; creía amarla, eso era todo: los excesos de su piedad y las infinitas flexiones de su ternura se confundían en un sentimiento de profunda simpatía moral, que no era amor, que no podía serlo. Menos fea el Endriago, con una mirada de mujer, con una mano de mujer, con algo de mujer, la consiguiente simpatía física hubiera hecho nacer el amor. Pero á la pobre le faltaba el imán! En cambio, ahora sí la ama, ahora que ya no existe.—Si hubiera vivido, el tiempo habría desengañado pronto á Domingo Ruiz; ahora el desengaño es imposible. Muerta ella, la ilusión del austero, en vez de apagarse, adquiere mayor brillo.—El Endriago, vista á la luz del recuerdo,

no es el endriago de la realidad: se depura, se perfecciona, se embellece, y al ceñir el vaporoso ropaje del fantasma, enamora y fascina.—La imaginación retoca la forma. . . . nace Beatriz, esplendente en su gloria de estrellas, que aunque impalpable y lejana, despidе efluvios magnéticos á través del éther venturoso.

Y se desea esa forma! Es un deseo imposible de satisfacer, como el que produce un lienzo ó una estatua; pero es un deseo.—Puede ser pasajero, pero cuando se apodera por completo del sér humano, el sér humano ama.—Domingo Ruiz vivirá engañado toda la vida—fijando sus esperanzas en las alturas del cielo.

Como los hermanos de un antiguo cuento, unos tomamos por una vereda, y otros por otra. . . . Los años han cambiado nuestras fisonomías, nuestros hábitos, nuestras ideas y nuestras aspiraciones; y lo de hoy nos parece peor que lo de ayer: jóvenes, suspiramos por la infancia y viejos por la juventud.—La inconformidad está en la naturaleza del hombre: por eso creo en el progreso infinito.—Pero hay puntos culminantes, estrellas de primera magnitud en nuestros recuerdos.—Jamás se borrará de mi memoria la imagen de Domingo Ruiz, depositando flores en el cementerio de la Villa sobre una humilde lápida, y siempre sentiré en mis manos la convulsión de las suyas, y siempre oirán mis oídos una voz de lágrimas que me dice: "ya lo ves, todavía la